

De los gusanillos que fueron maestros y colaboradores de un hombre de ciencia sin pretensiones

— Envío de la autora —

Al Dr. Ricardo Moreno Cañas, a quien recordé al ver el retrato del Dr. Baer y al leer más de un detalle de la vida de este hombre admirable.

Hará unos dos años que encontré en una revista un grabado que llamó mucho mi atención: el retrato del doctor William Stevenson Baer, pintado por el artista inglés Harold Knight para un hospital de niños de Baltimore. Este hermoso cuadro me conmovió profundamente. Es el retrato de un hombro que se vuelve todo bondad ante la camita de un niño enfermo. Una carota tosca con una seriedad más acogedora que la sonrisa más amable; una gravedad tras la cual uno sabe que no hay mal humor sino apasionamiento; una seriedad hospitalaria como la de la sombra de un árbol corpulento en un día caluroso. Y lo que más me impresionó fueron las grandes manos en las que se siente la fuerza hilarse en seda para apoyarse en el lecho del niño que sufre.



Dr. William Stevenson Baer
(Cuadro de Harold Knight)

Un día de estos me habló una amiga del interesante artículo que había encontrado en la revista *The Country Gentleman*, sobre un médico norteamericano que había logrado curar la osteomielitis con las cresas (o gusanos como llamamos en Costa Rica a esas larvas) de la moscarda, una mosca un poco mayor que la mosca común, la cual deposita sus huevos en la carne descompuesta. Me prestó la revista y encontré el artículo, ilustrado con el mismo retrato del doctor Baer que tanto me conmoviera en otra ocasión. El artículo es de Paul de Kruif y trae preciosa información sobre el doctor William Stevenson Baer. Está escrito con amorosa devoción.

Y tanto como el retrato, me han conmovido los detalles de esta vida sencilla en la que las distinciones y los honores no logran ahogar la sabia humildad.

El doctor Baer era el médico director de una Escuela Hospital de niños, profesor de cirugía ortopédica de la Escuela de Medicina John Hopkins, y el mismo Presidente de los Estados Unidos figuraba entre sus clientes. Sin embargo, semejante peso no le impide ponerse en cuatro pies para que los chiquillos de su hospital se le monten en la espalda y olviden en el juego la tristeza de sus huesos enfermos; y cuando se da cuenta de que los gusanos de una mosca son capaces de curar la osteomielitis como no ha podido hacerlo ningún cirujano famoso con sus fierritos y sus antisépticos, busca humildemente la colaboración de las desagradables criaturillas.

Yo siento que hay una armonía perfecta entre las manazas de este hombre que saben posarse sobre las heridas de los niños cuyos huesos han sido atacados por el estafilococo, con la suavidad con que se posa una mariposa en las flores, y el gesto de su inteligencia inclinada con

sencillez conmovedora ante la enseñanza que le ofrecen unos gusanillos.

He aquí como el doctor Baer entra en relación con las cresas de la moscarda: fué por ahí de 1917, durante la Gran Guerra.

Baer es uno de los cirujanos ortopédicos norteamericanos que prestan sus servicios a los heridos en el frente. Estando en Francia, días después de una famosa batalla, encuentra dos soldados heridos que han permanecido sin comer ni beber, ni recibir auxilio alguno durante siete días. Y mal heridos, el hueso de la cadera despedazado, el caso en que el ochenta por ciento no escapa ni aún bajo la asistencia del mejor cirujano. Con todo, no presentan mal color ni señales de fiebre. El doctor Baer levanta con todo cuidado la ropa ensangrentada y sucia, y un espectáculo horrible se presenta a su mirada: dentro de las heridas que llegan hasta el vientre, hierven miles de larvas blancuzcas. Y cosa extraña, cuando se sacan los asquerosos animalillos, no se ve la menor señal de pús, de huesos podridos, ni de carne descompuesta: en los dos poilus, las heridas están limpias, tienen un hermoso rojo vivo. Frente a semejante hecho, el doctor Baer abre de par en par sus ojos y se pone a pensar... Se dice a sí mismo que los gusanos se han comido los tejidos muertos y todas las bacterias... y así, gracias a la voracidad de estos gusanitos no hay bacterias que vayan a producir envenenamiento en la sangre...

Pero el encarnizamiento de la guerra

no le permite dedicar mucho rato a la meditación, pues que allí están sus semejantes asesinandose en nombre de la cultura y de la patria, y él tiene que correr de un lado para otro cortando y remendando huesos. Y no hay que olvidar que son más de doscientos los huesos del cuerpo del hombre y que las balas no respetan a ninguno de estos doscientos huesos. La única reflexión que quizá pudiera hacerse mientras se inclina sobre un pecho abierto, una pierna despedazada o un rostro desfigurado, y manipula con sus manazas tan hábiles y suaves, fémures, rótulas o maxilares, es que en este mundo hay unos gusanillos que mantienen libres de infección las heridas que los hombres se abren unos a otros con sus metralas y sus granadas.

Terminada la guerra regresa Baer a los Estados Unidos.

Su saber y sus trabajos le dan fama y honor, y es curioso que una y otro, no sea suficiente para hacerlo olvidar los gusanos de la moscarda. Por los intersticios del éxito se deslizan y se ponen a hacerle gestos de inteligencia con sus cabecillas viscosas.

El doctor Baer no tiene hijos, pero ama a los chiquillos de su hospital como a la misma médula de su vida amplia, sin limitaciones, de egoísmo tan vasto que dentro de él caben los niños del mundo entero enfermos de los huesos; los trabajadores con infecciones en los huesos producidas por algún accidente; los soldados con los huesos rotos en la barbarie de las guerras. Todos estos huesos roídos por el estafilococo se le meten como espinas entre el pensamiento. ¿Cómo sonarían en sus oídos de médico que de verdad se interesa por la suerte de sus enfermos, las risas de sus niños? Como la alegría perseguida por bisturís, tijeras, cinceles, sierritas, mercurocromo, solución de Dakin, yodo y con las alas envueltas en algodones y vendas esterilizados. ¿Sería cierto, y por siempre cierto, como lo afirmaban muchos médicos de renombre, que la osteomielitis es una enfermedad incurable? En su gran duda negra se abrían unas hendiduras pequeñas, justamente del tamaño necesario para dar paso a los gusanillos que mantuvieron limpias las heridas de los dos soldados franceses, con esa limpieza roja de la carne sana. Son milagrosas las feas y pequeñas criaturas, más milagrosas en esta ocasión que los mismos rayos del sol que son cosa tan bella y poderosa y que nos baja de los cielos. A su paso la putrefacción desaparece y brota la carne viva como la hierba sobre los campos. Bajo la acción de estas larva, sus queridos chiquillos, arrojan lejos las mu-

(Pasa a la página 270)

gunta, constantemente, y hemos de ser nosotros, los que al dudar, digamos: ¿Lo consigue?...

Para decir: Es su fuerte. El dramatismo de sus muñecos, no puede permanecer estático, no podría concebirse quieto, ante el estimulante nerviosismo de Francisco Rodríguez Ruiz. Lo patético en él, deviene tal, a fuerza de vibración, de temblores emocionales, tras los que lo cómico se insinúa con toda su fuerza. (Una lágrima, lanzada por Rodríguez Ruiz desde una altura determinada, sabe convertirse bajo su influjo, y ante los besos del aire, en una espuma como jovial, irónica).

Quizás, enfocando su pintura, desde otro punto, pueden verse sus creaciones dramáticas, reciamente dramáticas, como consecuencia de un incesante reír. Rodríguez Ruiz, parece beber en Goya esta transformación. Contempla en él, las bocas de sus héroes y observa que el dramatismo de las figuras goyescas, depende en mucho, por no decir, en absoluto, de encontrarse en las comisuras delgadas, el cadáver de una risa, no reprimida, sino estrangulada involuntariamente, sencillamente.

Su "Maestra" es palpable prueba de ello. Pleno el cuadro de un garbo, que recordando al gran baturro, pudiéramos llamar negro, destaca en su seno, merced a una sabia caricia que el pincel otorgó a la tela, dos figuras solamente. La profesora y el alumno, muestran de manera temperamentalmente nueva, por ingenua y sencilla, aunque no exenta de penetración sutil, toda la complicada psicología de los personajes, en sus facetas de fastidio y odio. Rodríguez Ruiz, conocedor de la misión de lo actual, sabe portar en la fisonomía, los suficientes rasgos profundos, definidores del carácter de su muñeco. Nada en el cuadro es relleno. Nada, por consiguiente, en el lienzo es retórico. Lo adjetivo, la más leve pincelada, animada del ritmo especial, peculiar de Rodríguez Ruiz, de un ritmo patético, furiosamente patético, y por tanto levemente grotesco, que sabe imprimir a los hechos que muestra, encargado de reír en el matiz, hasta dramatizar, o de llorar, para que en el paroxismo dramático brote la sonrisa mordaz, no hace más que persuadir del triunfo del arte moderno. El decrépito, tiene que cantar la belleza de lo mudo. Rodríguez Ruiz, como buen actual, sabe hacer hablar, por sí solo a lo inerte.

Elige entre el retoricismo y la metáfora, en su "Mujer y gallinas", como en su "Hombre enfermo", y persuadido de una debilidad existente en aquello, y de la necesidad de una constante juventud en ésta, logra en su primer cuadro el más personal, el más puro lirismo, a fuerza de imágenes sencillas, tranquilas, aunque todas ellas, encendidas, abrasadas, mientras que en el segundo, embargando el ambiente de una tristeza, lograda en sangre de oscuros intensos, recuerda a un personaje de Tolstoi en su muerte especial, en su nueva vida.

Las tres figuras, que mueve en su "Hombre enfermo", puesto que su pasión, no es sino motor transmisor de energía, son sin duda, uno de los más grandes aciertos de la obra de Rodríguez Ruiz. Lo vulgar, en esta tela, lo

por todos, además tratado, se dignifica por el empeño obstinado en dejar de serlo. La dejadez, y al mismo tiempo, una como preocupación lejana, que imaginamos morbosa, existente en la figura de una de las mujeres que acompañan al enfermo, contrastando con la afilada, la irónica posición del perfil de su acompañante, que parece herir con la risa originada por su propiedad, la densidad del ambiente que oprimiendo la frente del enfermo, la hace ser oblonga, se armonizan en el más puro de los dramatismos, en el patetismo más perfecto, que pasa a constituir el substrato básico de un fuerte humorismo.

Al mencionar anteriormente, un conceptualismo juanramoniano, pensábamos en otra de las virtudes de Rodríguez Ruiz. Prefiriendo como prefiere el estatismo en lo temático—recuérdese su "Planchadora" notable—, la serenidad de sus personajes, no está exenta, pues si no, esa serenidad no sería tal, al ser impura, de un especial dinamismo emocional. La línea en Rodríguez, por ejemplo, sino perfecta, dada la juventud de este pintor, que no debe ensayar en sus primicias, gestos de estatura académica, fofa, no es campo por otro lado de vacilaciones, de consecuencias temblorosas, observables en los falsos artistas, que no saben concebir la creación, aislada del traspies, en alas de su ímpetu rítmico, sin duda, porque sólo ella, es lo estático, lo sanamente estático en su pintura.

Rodríguez Ruiz, conoce bien los inconvenientes de lo anecdótico. Y la "pose" de sus figuras es serena, porque siendo la anécdota el gesto excesivo, el amaneramiento muchas veces de la línea, al permanecer ausente, o apenas insinuada, como en el caso de Rodríguez Ruiz, necesita de auxiliares que han de accionar, reemplazando su obligada pasividad, acudiendo al color, a ese color negro, un poco duro quizás de Rodríguez, que entrega en la luz opaca de sus cuadros, al patetismo, lo que éste le exige. La anécdota es un prisma, encargado de reflejar estados extrínsecos, superficiales casi siempre, mientras que la

luz, esa luz apagada, residuo de brasas encendidas pasionalmente que late en toda la obra de Rodríguez Ruiz, cantando un patetismo desgarrador, garboso y joven, es el vaho silente, que emergiendo de lo interior, caldea la frialdad consecuenta de los temas plásticos.

III

En toda la obra de Rodríguez Ruiz, se marca un peligro, que no acentúa toda su gravedad, si advertimos como el pintor ha sabido descubrirlo. La ironía, que es un positivo estado de transición, que es la línea límite, difícilmente aprehensible, entre lo dramático y lo bajamente grotesco, desde el momento que lo trágico se acentúa, está siempre dispuesta a convertirse en caricatura.

¿Es esto un peligro en la pintura de Rodríguez Ruiz? Creemos que no. Es decir, solamente constituirá un motivo de preocupaciones para él, la fácil incursión en lo baladí, en lo falsamente satírico, cuando Rodríguez Ruiz se entregue a la aventura, al gozo indecible de jugar con lo engañoso.

Mientras, su preocupación, sea la perfección patética, el peligro se esfuma. La seguridad de lo dramático, no puede ser por él, postergada al halago aventurero de lo cómico fácil, ya que Rodríguez Ruiz, como todo artista puro, sabe, que la aventura sólo estimula, al falto de estímulo interior, y el artista no ha de ser movilizado por nada, sino es, por su móvil, por su cambiante impulso, que por otro lado, puede amar la aventura, pero creyendo en el placer de su vehemencia, y no en su fuerza suasiva.

Dice Franz Roth, que no se quiere descubrir en el arte moderno, el espíritu, partiendo de los objetos, sino por el contrario, los objetos partiendo del espíritu.

En Rodríguez Ruiz, lo patético constituye el espíritu básico de su obra, que no se puede insinuar obedeciendo a Franz Roth, con un garbo cómico, sino inversamente, hacer patente su virilidad, su reciedumbre, que trasluzca, oculta en un dramatismo entero, la feminidad pura de la risa...

Enrique Ascoaga

Madrid. 21 - III - 32.

De los gusanillos que fueron maestros y colaboradores de un hombre de ciencia sin pretensiones

(Viene de la página 264)

letas y dejan con dos palmos a los fríos instrumentos de los cirujanos y a todos los antisépticos del mundo, y se alejan corriendo por los caminos en primavera. A través de la piel dorada por el sol, Baer ve brillar los esqueletos limpios de enfermedad, lo mismo que un encaje de estalactitas y estalacmitas. En el aire luminoso se agitan felices los húmeros, los cúbitos y radios, y los metacarpos que hacen pensar en estrellas; los fémures, cúbitos y radios saltan sobre los prados en flor; las vértebras del espinazo se filan para formar una como asta de plata a la bandera de la vida humana que ondula libre de todo mal bajo el cielo azul. ¡Ay! cuán hermosa la visión de este doctor Baer, hermosa visión que descansa en un montón de

larvas de mosca! Y nuestro hombrazo que hace pensar en el San Cristóbal de la leyenda, deja a un lado ciencia, habilidad, honores y fama, y va en busca, con toda sencillez, del antiséptico vivo que son estos gusanitos que se alimentan de carne putrefacta.

La enfermera de Baer, Isabel Knight, lo secunda fervorosa y en silencio en la, a primera vista, repugnante tarea.

Cuando Isabel Knight contaba ocho años tuvo una osteomielitis en una pierna que casi se lleva la pierna y la vida. Baer salvó la vida y la pierna de la niña que años después se dedica a ayudarlo con absoluta devoción. Ella le consigue parejas de mosca para hacer cría de gusanos, mantiene al alcance de las hembras pedazos de carne para que depositen

los huevos y vela sobre las larvas cual si se tratara de perlas.

Y Baer no vuelve a pensar en otra cosa. Clientes y consultas que no tengan relación con sus gusanos capaces de curar la enfermedad que pudre los huesos, quedan relegados a último término. Con sus manotas que saben hacerse sutiles y finas a fuerza de amor al prójimo, saca de las cajas, en donde él e Isabel Knight las cuidan especialmente, las masas de larvas para llenar con ellas las heridas de sus niños incurables. Asistentes y enfermeras contemplan con desconfianza y repugnancia la operación. ¿En dónde están la asepsia preconizada por Semmelweis y los antisépticos de Lister? ¿Acaso está loco este gigantón de Baer que parece no recordar siquiera su existencia, y que en su lugar emplea contra la suciedad, el veneno y los microbios, unas larvas mantenidas con el mayor cuidado posible? Bien es verdad que los aficionados a desempolvar los viejos libros en donde se cuenta la historia de la Medicina, han encontrado pasajes referentes a los gusanos vistos en el siglo xvi por Ambrosio Paré en heridas de soldados; a soldados de Napoleón con heridas que mejoraron gracias a unas moscas que volaron sobre ellas, según cuenta el barón de Larrey y a las gangrenas de hospital que el cirujano Zacarías ayudara a combatir por medio de cresas durante la Guerra Civil.

En los primeros tiempos los niños no sabían qué cosa les metía Baer en las heridas; pero más tarde él mismo los informó y hasta les hacía volver un juego la desagradable curación: les daba focos a fin de que alumbraran las cajas en donde se guardaban las larvas y como a éstas no les gusta la luz, se apresuraban a bajar a la herida y a internarse en el hueso enfermo. Apostaban con Baer a cual animalillo bajaría primero, cual si se tratase de carreras de caballos; y cuando no se querían introducir en la herida y cosquilleaban y producían picazón en la piel, Baer ponía colodión para evitar molestias a los niños, pero les decía que así los gusanos correrían como sobre hielo. Y las carcajadas de aquel hombrazo bueno, bueno, bueno, llenaban la sala triste, y los niños reían también y era como si las carcajadas de Baer obligaran a las sombras a meterse en los rincones.

Dice de Kruif en su artículo que Baer no confiaba a nadie sino a sí mismo el cuidado de cambiar los vendajes y poner los gusanos. "Baer, lenta la respiración, el resto del mundo borroso para él, se asomaba a las horribles profundidades de los huesos hechos ruinas de los muchachillos. Cual un extraordinario señor de las regiones infernales, vaciaba larvas en las infeccionadas regiones".

"Lo que presenciaba era maravilloso. Tan pronto como se introducían las cresas parecían sacudirse y al punto se ponían en terrible actividad. Día y noche, sin cansarse nunca, los gusanos arrancaban y comían. Descendían y chupaban masas de microbios, royendo en torno suyo el hueso muerto. Con sobrenatural intuición iban a través del hueso, devoraban la parte muerta, y se dete-

nían en donde el hueso comenzaba a sangrar, es decir, en lo sano..."

Decía Baer con su serio buen humor que las larvas se ponían a comer con tanta gana, que clavaban la cabeza y dejaban la cola en el aire. "Eran como perrillos cachorros alrededor de una escudilla con alimento, pero una escudilla demasiado pequeña para el número de perrillos".

Eran como varitas mágicas estos gusanillos. Tocaban el hueso enfermo y el hueso se ponía bueno y el periostio se disponía para su tarea reconstructiva.

Más tarde sobrevienen complicaciones.

Un día el ojo alerta de Baer sorprende unas burbujas en una cochura de larvas que iba a poner en la herida de un niño. Isabel Knight hace un cultivo y encuentra el bacilo que produce la gangrena gaseosa, llamada así por generar un gas. Este gas se enciende al aproximar un fósforo y la gangrena gaseosa es fatal en el hombre.

La enfermera inyecta estos bacilos en las patas traseras de conejillos de Indias; los músculos se inflan con el gas y los animalitos mueren. Repite la operación en otros conejillos, éstos comienzan a inflarse y a ponerse muy mal. Llega Baer con sus gusanos y los mete en las heridas de los conejos y a los pocos días las criaturillas corren y saltan por el patio. Ahora sabe Baer que para curar la gangrena gaseosa que tan a menudo se presenta en los obreros heridos en los accidentes que les ofrece el trabajo, allí están sus larvas. Luego se presenta el tétano en dos adultos en quienes Baer ha introducido sus famosas larvas. Y eran larvas de la misma camada de aquellas que había metido en las heridas de algunos niños de su hospital. Baer se aterroriza y hace sacar todos los gusanos y lavar las heridas. Siguen días de dolorosa expectación. Felizmente nada ocurre.

Baer continúa sus experiencias, pero la fatiga de estos años de vigilia, de observación ansiosa, de lucha con el medio científico que sigue con ojos suspicaces y desconfiados sus experiencias, lo va venciendo. Está tan cansado, que cuando tarde de la noche deja el hospital para regresar a su casa, se queda dormido antes de que arranque el motor de su automóvil.

En marzo de 1930, unas seis semanas después de la muerte de uno de los adultos atacados de tétano por infección producida por sus queridas larvas, Baer introduce una nueva clase de éstas, conseguidas a fuerza de desvelos y de experiencias, en un niño de once años muy atacado de osteomielitis. Se trata de larvas salidas de unos huevecillos que

han pasado por un baño antiséptico antes de abrirse. Luego Isabel Knight les da como primer alimento una comida de su invención, compuesta de hígado, levadura y agar-agar. Y en mayo de 1930 el muchacho está completamente bien.

Baer es llamado a hacer una exposición de sus experiencias ante un Congreso de Veteranos, hombres torturados durante trece años por la osteomielitis... recuerdo de la guerra llevada a cabo por sostener esta democracia que tan pobre cosa nos parece hoy. ¿Podría Baer hacer algo por ellos?

Baer habla ante miles de soldados incurables y su palabra sencilla y tosca llena de esperanza los corazones desalentados. Va contando sus experiencias recogidas por la cinta cinematográfica:

"He aquí una herida llena de larvas" dice Baer. "Estas bajan primero, se prenden del hueso muerto y no dejan de comer sino cuando el hueso sangra. Todas trabajan hasta que limpian completamente el campo, luego toman un pedazo de hueso y lo traen como diciendo que aquí tenemos esta cosa muerta de la cual se han apoderado".

Baer continúa: "Esta es una niña que tenía una doble fractura y osteomielitis en todo el hueso del muslo. Ustedes pueden ver la gran herida en el medio del muslo lo mismo que la parte superior e inferior del muslo posterior. Hubo que abrir el hueso en ambos lados". El ruido del proyector parece subrayar las palabras de Baer. "Ustedes pueden darse cuenta" prosigue, "de que no solamente hicimos desaparecer la infección, sino que dejamos el hueso tan sano y fuerte, que ella puede ahora caminar perfectamente". (Baer habla como si él también fuese uno de aquellos feos gusanillos).

Ahora la cinta presenta un niño con una tuberculosis en el fémur y en la articulación de la cadera. "Aquí está su pierna... toda comida en el interior..." Cuando los veteranos abandonan el recinto llevan en el pensamiento una lucecita que asoma por los ojos y les ilumina el rostro.

Pero un día los gusanitos de Baer no tuvieron la visita de su colaborador y amigo. Es que Baer había muerto repentinamente de una hemorragia cerebral.

Ahora en el Hospital de Niños de Baltimore sólo quedan su noble memoria y su hermoso retrato. ¿Habrán continuado curando allí la osteomielitis con las cresas de la moscarda?

Hay entre los médicos, amigos y enemigos del procedimiento del doctor Baer. Los cirujanos que han usado las larvas, después de la muerte de aquél, se muestran entusiastas con el método. El Gobierno de los Estados Unidos inició no hace mucho tiempo, una cría en grande de estas larvas de Baer y lo mismo ha hecho el Hospital Naval de Washington. Y una gran casa de productos farmacéuticos envía al cirujano que lo solicita, por correo aéreo, tubos con larvas esterilizadas.

Carmen Lyra

Mayo 8 de 1932.

INDICE

6 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Cornelio Hispano: <i>Los Cantores de Bolívar</i> (en el primer centenario de su muerte)	6,50
Ad. Ferriere: <i>Transformemos la Escuela</i>	3,00
Alfredo Adler: <i>La Psicología Individual y la Escuela</i>	3,50
Hilaire Belloc: <i>Danton</i>	5,50
Franz Werfel: <i>Juárez y Maximiliano</i>	6,00
Federico García Lorca: <i>Canciones 1921-1924</i>	3,50

Solicítese al Admor. del Rep. Am.